

Lucía tenía prisa por marcharse. Era urgente advertir á Dalassene del peligro que le amenazaba.

— Vámonos, dijo á su hermana; no descansaré hasta que haya visto á Roberto.

— Acompañaré á ustedes si me lo permiten, dijo Esteban.

Belliere los acompañó hasta la puerta, pero allí se encontraron con Dalassene que entraba excusándose por la tardanza.

— Me han detenido en la Convención unos pretendientes, explicó á Lucía. Belliere sabe que no se desembaraza uno fácilmente de esos pajarracos. Vamos á admirar la obra maestra, añadió alegremente.

Lucía le contuvo cogiéndole del brazo.

— La admirará usted después, amigo mío, le dijo. Ahora solicitan su atención cuidados más graves. Acaban de prender á Formanoir.

Antes de que Dalassene hubiese vuelto de su sorpresa, Lucía le contó el acontecimiento que la había alarmado. Roberto escuchaba estupefacto é indignado. Y al pronto, su cólera no contenida se volvió contra Belliere.

— ¿Cómo has permitido que se prendiese en tu casa á un hombre que me toca tan de cerca, á un patriota íntegro?

Belliere se defendió.

— Los agentes traían una orden de la Junta de Salvación pública. ¿Quién hubiera sido bastante temerario para resistir?

— ¿Y quién mete en este asunto á la Junta de Salvación pública? La policía del interior corresponde á la Junta de Seguridad general, de la que formas parte como yo. Tenías derecho á apoderarte de este asunto á fin de someterle á nuestra Junta. La Convención nos ha colocado en ella y tu resistencia hubiera sido legítima. Si yo hubiera estado aquí, no se hubieran llevado á Formanoir.

— ¿A pesar de la orden de Robespierre y de Saint-Just? ¿Cómo piensas tal cosa?

— No son más que nuestros iguales.

— Ilusión, Dalassene, pura ilusión. Tienen en sus manos á la Convención y, por ella, á las juntas. Tan verdad es esto, que no has podido impedir la captura de tu abuelo Ninart de Mausabré y de su hermano Ninart de Lavoix.

— Tenía mis razones para no intervenir en su

favor, objetó Dalassene. Su vida no estaba inmediatamente amenazada y me he dedicado á hacerlos olvidar.

— Lo que has hecho por ellos, puedes hacerlo por Formanoir y salvarle sin dar la cara.

Dalassene movió la cabeza; esa solución no le satisfacía.

— Esta vez quiero más. Puesto que Formanoir es inocente, es preciso que recobre inmediatamente la libertad.

— ¿Y cómo vas á arreglarte? preguntó Belliere. ¿No sería más cuerdo dejar que el interrogatorio demostrase su inocencia?

Dalassene se encogió de hombros y, mirando al pintor á los ojos, dijo:

— ¿Te atreverás á afirmar que nunca se han condenado más que culpables?

Se calló bruscamente. Acababa de ver en el fondo del estudio á Billaud-Varennes y á la Villars.

— ¡Esa mujer aquí! ¡Y ese traidor á su lado! Después de todo son dignos el uno del otro, añadió en tono de sarcasmo. Pero tú, Belliere, ¿por qué los recibes?

El pintor se puso á balbucir vagas excusas.

— No la he invitado. Ha venido de improviso y no podía echarla.

— Bien la he echado yo de mi casa.

— Por eso te persigue con su venganza. No he querido hacerme de ella una enemiga.

— Podrás al menos aconsejarle que no se encuentre en mi camino.

El gesto de amenaza que acompañó á esta recomendación horrorizó á Lucía.

— No la desafíe usted Roberto, suplicó.

— No me da miedo, y si no estuviera usted aquí, querida Lucía, tendría la prueba ahora mismo. Pero la tendrá más adelante; ahora tengo que ocuparme de Formanoir y arrancarle de la prisión. Corro á buscarle y saldrá de mi brazo.

Una exclamación de Belliere le hizo eco.

— ¿Quieres dar nuevas armas á tus enemigos? ¿No sabes que la ley prohíbe comunicar con los detenidos so pena de ser tratados como ellos?

— Nadie conoce como yo esta ley puesto que fué á mi propuesta como fué votada. Esa ley no está hecha para los representantes del pueblo.

— La ley es igual para todos, respondió sentenciosamente Belliere.

Dalassene no escuchaba! En vano su colega se esforzaba por demostrarle el peligro á que iba á exponerse; en vano le suplicaba Lucía que renunciase á un paso tan imprudente; Roberto resistía. Le parecía propicia la ocasión para desbaratar los proyectos de los enemigos implacables que se quitaban la máscara y no se tomaban siquiera el trabajo de disimular sus designios criminales. Quería, por un escándalo, obligar á la Convención á condenar los odiosos procedimientos que empleaban Robespierre,

Saint-Just y sus partidarios contra los amigos más leales de la libertad.

Dalassene hablaba con vehemencia, con gran desesperación de Lucía, que comprendía que sería impotente para contenerle y se resignaba, mientras Belliere envolvía á su colega en una mirada de lástima, considerándole hombre perdido y renunciando á predicarle la prudencia. Helados de espanto, Lucía, Clara y Esteban permanecían silenciosos.

— Nos encontraremos dentro de un momento en su casa de usted, querida Lucía, dijo Dalassene.

Y sin querer oír más, salió á la calle.

Los que allí quedaban se miraron consternados.

— Va á la muerte, dijo Belliere á Esteban. Si comunica con Formanoir, morirá si no ocurre un milagro, pues Saint-Just no dejará escapar esta ocasión de enviarle al tribunal.

— ¿No hay, pues, ningún medio de salvarle? gimió Lucía.

— He aconsejado á usted que le haga salir de París esta tarde, ciudadana, y se lo vuelvo á aconsejar. Es la única probabilidad de salvación que le queda.

— ¿No cuenta usted para nada, maestro, con los amigos que tiene Dalassene en la Convención?

— Después de la locura que va á cometer, ni una voz se elevará para abogar por él.

Hubo un rato de silencio determinado por las graves reflexiones á que se entregaban los actores de este debate.

Aunque había sido muy animado, Billaud-Varenes y la Villars no le habían oído. Habían visto entrar á Dalassene y salir en seguida, sin tratar de comprender las razones de su salida precipitada, tanto los cautivaba su misterioso coloquio. Débese suponer, por lo demás, que la Villars no deseaba en aquel momento mostrarse á él y prefería evitarle. Cuando salió Roberto, ellos se levantaron. No tenían ya nada que decirse y Billaud-Varenes, después de saludar á la sirena que parecía haberle embrujado, se acercó á Belliere para despedirse de él.

La Villars, que no quería pasar por delante de su rival, se quedó sola en el fondo del estudio y, por hacer algo, entró en el gabinete de los modelos como una visitante curiosa.

Lucía la siguió con la vista, titubeando entre el deseo de escupirle su desprecio á la cara y el no menos ardiente de suplicarle que renunciase á su venganza, pero contenida por una repugnancia instintiva que le hacía considerar indignos de ella lo mismo los insultos que los ruegos.

De repente sus ideas tomaron otro curso. La Villars estaba sola. ¿Por qué no aprovechar la ocasión para tratar de ablandarla y, si no lo lograba, para inmolarla á fin de salvar la vida de su amante?

Una inspiración súbita se apoderó violentamente de su pensamiento y la dispuso á intentar un esfuerzo supremo en favor de Dalassene aunque tuviera que humillarse á los pies de aquella rival despreciable.

— Quiero hablar con ella, dijo á Clara.

Y sin dejar tiempo á su hermana de discutir su decisión, atravesó rápidamente el estudio y se precipitó en la pieza en que la Villars estaba esperando que ella se marchase para salir á su vez.

Al ver á Lucía, la Villars, sorprendida, hizo ademán de cederle el puesto.

— Quédese usted, señora, dijo Lucía. Perdón, ciudadana, añadió excusándose así de haber empleado una palabra cuyo uso estaba abolido por la República.

Una sonrisa burlona acentuó la habitual expresión de descarado que caracterizaba á la Villars.

— ¡Bah! puede usted colocarme el señora, si esa es su costumbre, dijo con ironía. Eso no me molesta y aquí no tiene consecuencias... ¿Quiere usted hablarme?

Lucía desdeñó el hacer caso del tono agresivo de estas palabras y, como si no las hubiera oído, respondió:

— Es necesaria entre nosotras una explicación. Será breve, pues no tengo que decirle más que dos palabras. Usted quiere perder á Dalassene y yo quiero salvarle. ¿Qué hay que hacer para desarmar á usted?

— ¡Para desarmarme! exclamó la Villars. Pregunta tardía, bella señora. Fué hace seis meses cuando hubiera sido necesario hacérmela. Entonces era yo capaz de dejarme enternecer porque espe-

raba recobrar á ese ingrato y la esperanza de conseguirlo podía hacerme sensible á un ruego. Hoy mi corazón está cerrado. He sido abandonada. El desgraciado me ha arrojado de su casa cuando me presenté á suplicarle que volviese á mí. No he podido lograr que me escuchase y he jurado vengarme. ¿Y en el momento en que mi venganza va á dar sus frutos pide usted que me desarme? ¡Vamos allá!

— Podría usted responderme sin incomodarse, observó Lucía, que, á pesar de la violencia de aquel lenguaje, se esforzaba por conservar su calma; no vengo como enemiga.

Lejos de apaciguarse, la Villars se irritó más aún.

— ¿Se atreverá usted á suponer que viene como amiga, cuando me ha quitado mi amante?

— Nos hemos amado antes de que la conociese á usted, respondió Lucía. Debíamos casarnos y la fecha de nuestro matrimonio estaba ya fijada cuando nos separó un acontecimiento doloroso. Pasaron varios años durante los cuales no le volví á ver. Yo ignoraba entonces la existencia de usted, señora, no sabía nada de la vida de Roberto y supe sus relaciones de usted con él cuando nos encontramos en Turín. Seguíamos amándonos y no pude resistir á los ímpetus de su ternura. Entonces solamente me contó su pasado y me reveló la amistad que había sostenido con usted durante nuestra separación. Pero, al mismo tiempo, me afirmaba que esas relaciones

estaban rotas y que no eran más que un recuerdo. No merezco, pues, la acusación de habersele á usted quitado.

— ¿Y qué importa que no la merezca usted? ¿No es usted cómplice de su traición, cómplice inconsciente al principio, quiero creerlo, pero voluntaria hoy puesto que quiere conservarle? Usted es el único obstáculo á su vuelta á mi lado; usted quien se levanta entre los dos. Peor para usted si me la encuentro en mi camino. No es á usted á quien guardo rencor; es á él, y si los golpes que le asesto la alcanzan, no puedo evitarlo.

— Supone usted que le ama y quiere herirle, suspiró Lucía.

— No sé si le amo todavía, pero le he amado, sí, le he amado como puede amar una mujer como yo, que sabe lo que valen los hombres y se jacta de tratarlos sin circunloquios. Yo no pretendía como usted aconsejarle, guiarle, ser su reposo y su conciencia, como dicen ustedes las sentimentales para excusar sus debilidades y sus extravíos. Pero era su distracción, su diversión, su vicio, como él mismo lo proclamaba, y gustándole así, le hubiera prodigado mi abnegación. Ahora todo eso está muerto y sólo sobrevive el odio, que no cesará hasta que esté satisfecho.

Aquellas fogosas palabras desconcertaron á Lucía y destruyeron en ella la esperanza que había concebido de ablandar con sus ruegos á aquella mujer

implacable. No le quedaba ya más medio para salvar á Dalassene que el de sacrificarse y desaparecer de su vida. Después de haber tratado en vano de evitarse ese sacrificio, se resignó á él y así lo declaró.

— ¿Le odiaría usted aún si yo le dejase para que pudiese usted recobrarle? preguntó.

La mirada de su rival cayó sobre ella, incrédula, desconfiada y, sobre todo, extrañada.

— ¿Haría usted eso? ¿Le dejaría usted?

— Sí, si á ese precio pudiera preservar su vida que quiero más que la mía.

La Villars no podía creer á sus oídos y en sus facciones, de las que se borraba la cólera, persistía la impresión de incredulidad. Pero Lucía quiso vencerla de la sinceridad de su sacrificio y de la lealtad de su proposición, y con voz quebrantada, confesó los móviles de su amor. Entregándose á Roberto, consintiendo en hacerle dichoso, consagrándole, en una palabra, toda su vida, no había pensado solamente en ella, sino, sobre todo, en él.

— En su dura existencia, dijo, tenía necesidad de un socorro incesante, de un apoyo moral. Cuando fuí suya, sólo quise asegurar su felicidad. Puesto que no puedo lograrlo, puesto que el cariño que le he consagrado atrae sobre él peligros tan grandes, se le abandono á usted. No sabrá nunca por qué le he dejado; se creará vendido y objeto de la más negra ingratitud; cesará de amarme y su poder de usted se ejercerá de nuevo sobre él.

La Villars iba de sorpresa en sorpresa. En la sociedad en que había vivido, en el choque de las pasiones que había desencadenado ó sentido, jamás el amor se había ofrecido á ella tan noble, tan desinteresado, tan capaz de abnegación. En aquel instante, al recordar las agitaciones entre las cuales ella le había conocido y practicado, acaso admiró el heroísmo que mostraba la mujer en quien hacía un momento veía una enemiga.

La Villars no era naturalmente perversa ni incapaz de un movimiento generoso. Después de todo, como acababa de hacerlo comprender, no amaba ya á Dalassene. ¿Le había amado alguna vez? ¿Había amado en él otra cosa más que un amable compañero de placeres? Probablemente esa duda la transformó y favoreció en su corazón el despertar de nuevas resoluciones. No era ya la mujer de hacía un instante; á su furor sucedía la piedad.

— Para hablarme como usted lo hace, es preciso que no quiera á su amante.

Los ojos de Lucía protestaron vivamente, pero su boca lo hizo con debilidad.

— Le amo de otro modo que usted, se contentó con responder.

Las dos mujeres se quedaron silenciosas, la una, la que suplicaba, esperando con angustia una respuesta, la otra vacilando aún antes de formularla, aunque su fuerza de resistencia estuviese agotada.

En este instante echaron de ver que no estaban

solas. Mientras se querellaban, había entrado Clara seguida por Esteban, habían oído una parte de aquella conmovedora conversación y la joven se había asociado á todas las emociones de su hermana.

Clara se acercó á la Villars y, á su vez, hizole oír su ruego.

— Por piedad, señora, renuncie usted á satisfacer su odio. Pronto vamos á casarnos, añadió designando á Esteban, no ensombrezca usted nuestra dicha perseverando en unos designios de los que sería yo víctima tanto como mi hermana.

Esta súplica en una boca inocente fué un golpe decisivo y destructor para el resentimiento de la Villars.

— Sentiría hacer llorar á tan bonitos ojos, señorita, dijo en un tono mitad risueño, mitad serio, y puesto que para evitar esas lágrimas debo desarmar, desarmo. Renuncio á disputar á su hermana de usted un hombre que me rechaza y renuncio igualmente á vengarme de él. Que se le guarde y se case con él si quiere; no oirán más hablar de mí.

Afectando ceder á las instancias de la hermana menor después de haber permanecido sorda á las de la mayor, la Villars se ahorraba la humillación de una derrota mortificante para su orgullo, si Lucía hubiera sido capaz de enorgullecerse por la victoria que acababa de obtener. Pero Lucía no era así: penetrada de agradecimiento, no pensó ni un momento en humillar á su rival. No había en su cora-

zón más que gratitud, una gratitud ardiente y profunda mezclada con la esperanza expresada en alta voz de obtener más aún.

— ¿De qué me servirá, señora, conservar á Roberto si no me ayuda usted á salvarle? No puedo hacer nada sola, pues soy sospechosa lo mismo que él. Á usted toca defenderle, puesto que le ha acusado.

— Es verdad, confesó la Villars, que le he hecho mucho daño acusándole. ¿Pero cómo puedo repararle?

— Desmintiendo sus calumnias.

— Mal medio. Aquellos ante los cuales le he acusado han fingido creerme cuando mentía y no me creerán ó fingirán no creerme cuando diga la verdad; tienen mucho interés en desembarazarse de Dalassene. Y después, ¿cómo desmentirme á mí misma? Hace un momento le he acusado ante Robespierre y Saint-Just, que me han invitado á ir esta noche á reproducir mis acusaciones ante la Junta de Salvación pública. ¿Cómo confesar que los he engañado por vengarme?

Estas palabras consternaban á Lucía y su abatimiento denunciaba su dolor.

— ¿Pero no tiene usted amigos en esa junta? preguntó. ¿No habrá alguno que pueda obtener que se renuncie á oírla?

La Villars estaba reflexionando.

— En los tiempos que corren, dijo, no hay amigos con quienes se pueda contar.

— Hace un momento, estaba usted hablando con Billaud-Varenes, dijo Esteban, y parecía tratar de agradarla. Acaso...

La Villars le interrumpió.

— Es verdad que me hace la corte, pero es tan cobarde... Por lo demás, detesta á Dalassene y temo que no sea él quien quiera ayudarme á defenderle.

— ¿Las acusaciones de usted han sido precisas?

— No, no; rumores vagos, frases en el aire, insuficientes para justificar una orden de prisión. Pero se me ha convocado para esta noche y tendré que precisar.

— No comparezca usted entonces, aconsejó Esteban. La invitación ha sido verbal; busque usted un motivo para no acudir, y no se resolverá nada hasta mañana. Así podrá Dalassene denunciar á la Convención las bajas intrigas de sus enemigos.

— La verdad es que es una solución como otra cualquiera, declaró la Villars. No iré á la Junta y voy á hacer de modo que sea Billaud-Varenes quien me impida que vaya.

Lucía no volvía de su asombro al oír á su enemiga de hacía un momento prestarse así á las combinaciones imaginadas para salvar á Dalassene del peligro que le amenazaba. La prometida de Roberto sintió un impulso hacia aquella mujer á la que tantas veces había maldecido y cuya conversión inesperada consideraba como un milagro del cielo.

— Permitame usted que la abraza, señora.

Belliere, que entraba en aquel momento, las sorprendió en un mutuo abrazo, pero por mucho que fuera su asombro, no pensó en pedir explicaciones, pues no estaba solo. Las dos mujeres se separaron bruscamente al ver detrás de él á uno de los agentes que, pocos momentos antes, habían prendido á Formanoir.

— Ahí tienes á la ciudadana Villars, dijo Belliere á aquel hombre, designándola.

Y al ver que palidecía, añadió dirigiéndose á ella:

— Tranquilízate; no vienen á prenderte.

— Tengo orden, ciudadana, de entregarte esta orden en propia mano.

La Villars, ansiosa, abrió el pliego y, con un acento en que restaba algo del miedo que acababa de pasar, leyó en alta voz:

« Ciudadana: esta es una orden de comparecencia que te obliga á presentarte esta noche, á las diez, ante las Juntas de Salvación pública y de Seguridad general reunidas, para oírte sobre los hechos de que nos has hablado hace un momento al ciudadano Robespierre y á mí. Este documento te servirá de pase para llegar al lugar de nuestras sesiones, en el ex hotel d'Elbeuf, cerca del Louvre. No dejes de ir. Las leyes castigan toda desobediencia á las órdenes de las Juntas. Salud y fraternidad. — Saint-Just. »

— Hace un momento era una invitación, murmuró la Villars; ahora es una orden.

— ¡Todo está perdido! exclamó Lucía.

— Todavía no. No se me hará decir lo que yo no quiera.

Lucía dirigió á aquella mujer una mirada de gratitud, pero se quedó entregada á terribles angustias. Pensaba que en aquel momento mismo estaba Dalassene dando ejemplo de una violación de las leyes al esforzarse por comunicar con Formanoir, y temía que esa intervención imprudente le acarrearase una desgracia.

XIV

El hotel d'Elbeuf, situado cerca del Louvre, era propiedad del Estado y en él tenían las Juntas sus sesiones. Aquella misma noche, en un vasto salón que conservaba su fisonomía de otro tiempo y en el que quedaban trazas de la existencia lujosa de los grandes señores que le habían habitado, un hombre joven aún y cuyas opiniones y costumbres revelaban su traje á la moda del día, estaba sentado delante de una mesa y con una pluma en la mano.

Este personaje, llamado Heron, era el secretario de la Junta de Seguridad general y en este concepto debía asistir á la sesión que iban á celebrar las dos Juntas reunidas á petición de Robespierre y de Saint-Just.

Heron estaba tomando notas en un pliego de papel que tenía delante y escribiendo en él cifras con una atención que le absorbía, á juzgar por su actitud reflexiva. Cualquiera que se hubiese encontrado

detrás de él é inclinado sobre su hombro para sorprender lo que trazaba su mano, hubiera leído lo que sigue :

« Del abogado Berryer, para obtener que sean mantenidos en la casa de salud en que están presos sus clientes Ninart de Lavoix y Ninart de Mausabré, mil quinientas libras.

« Del ex mariscal de Contades, por haberle concedido el estar detenido en su domicilio, bajo la vigilancia de un guardián, dos mil libras.

« De la ciudadana Beauharnais, presa en la Conserjería, por permiso de comunicar con el general Hoche, igualmente detenido, cuatrocientas libras.

« Del especiero Cortay, por haber retardado tres días su comparecencia ante el tribunal, mil cien libras.

Al llegar á este punto de sus cálculos, Heron cesó de escribir, con la pluma suspendida en la mano, preguntándose si olvidaba algo en esta enumeración de sus beneficios más recientes. Y como su memoria no le recordase otro alguno, sumó los que acababa de apuntar y vió que formaban un total de cinco mil seiscientas libras, que había recibido en asignados.

— Poco es para un mes, pensó. El precedente me produjo más. Habrá que activar el celo de mis agentes.

Un ruido de pasos le arrancó de sus reflexiones y le hizo levantar la cabeza. El alguacil encargado de guardar la sala de sesiones estaba delante de él.

— ¿Qué quieres? le preguntó.

— Ahí está una ciudadana citada á comparecer ante las Juntas.

— No se reunen hasta las diez y son las nueve y media. Que espere.

El alguacil se retiraba y cuando llegaba á la puerta Heron le llamó.

— ¿Cómo es esa ciudadana? ¿Es joven? ¿Es guapa?

— Sí, ciudadano. Y huele bien.

— ¿Una aristócrata, entonces?

— Seguramente, no es una desharrapada.

— Hazla entrar. Y hablando consigo mismo, el secretario de las Juntas añadió: — Necesito distraerme.

El alguacil volvió á la puerta, hizo una seña y la visitante entró mientras Heron se levantaba.

— ¡Pero si es la Villars! exclamó.

— ¿Me conoces? preguntó la joven sorprendida por la familiaridad de esta acogida.

— ¿Quién no te conoce, bella ninfa? Te he visto con frecuencia en el teatro, en las tribunas de la Convención y en otras partes. ¿Pero tú no me conoces?

— Me parece que te he visto. Lo que ignoro es tu nombre.

— ¡Sea usted popular! dijo alegremente el secretario, y se presentó: — El ciudadano Heron, Heron, llamado el jefe, secretario de la Junta de Seguridad

general, y, á veces, como esta noche, de las Juntas reunidas; el director de su policía y el ejecutor de sus órdenes.

Y al enumerar así sus funciones y sus títulos, se ponía cada vez más hueco.

— ¡ Ah! ¿ Eres tú el ciudadano Heron? dijo la Villars inclinándose.

— ¿ Has oído al menos hablar de mí?

— Sí, por cierto, y como de un hombre terrible.

— Terrible para los conspiradores y para los traidores, pero no para las mujeres guapas cuando son amables y complacientes.

Para probárselo, se acercó á ella, la cogió por el talle y quiso darle un beso. Ella se desprendió con un movimiento brusco.

— ¡ Oh! ciudadano, no tan de prisa.

Asombrado por aquel intento de resistencia, Heron añadió :

— En cambio, cuando son crueles conmigo, tengo más de un medio para hacerlas arrepentirse. Las hay que valen tanto como tú, continuó en tono amenazador, que han sentido amargamente haber perdido la ocasión de asegurarse mi apoyo. Soy un hombre terrible, tú lo has dicho, y por algo me han llamado el proveedor de la guillotina. Yo denuncié á los malos ciudadanos, á los moderados y á los aristócratas; yo reuno contra ellos los testimonios y las pruebas; yo los hago perder, y basta que yo los acuse para que sean condenados. Así, deliciosa Vi-

llars, no tendría más que decir una palabra, que hacer una seña, para que tu escantadora cabeza rodase en el cesto.

— Pero yo soy buena patriota, respondió la Villars.

— No se es buena patriota, cuando se me resiste. Tú estuviste arreglada con Dumouriez, ese malvado; con Biron, guillotinado después como traidor á la patria; con Sechelles, que pronto tendrá que responder de sus crímenes; con Dalassene, cuyas traiciones serán denunciadas mañana. Has tenido en ellos amigos muy peligrosos y el recuerdo de tus relaciones pudiera convertirse en un cargo abrumador para ti. ¿ He dicho bastante para hacerme comprender?

Creyendo haberla aterrado, la atrajo de nuevo hacia él, sin que esta vez la joven huyese. Pero lejos de parecer conmovida por sus amenazas encubiertas, se echó á reír, descarada y burlona.

— Lo que comprendo, dijo, es que bajo tu exterior feroz se esconde un gran libertino.

Heron se echó á reír á su vez.

— Eres adorable.

— Ten cuidado, dijo la joven dejándose abrazar. Si entrase alguien...

— Tienes razón. ¿ Nos veremos esta noche, en tu casa, después de la sesión de las Juntas?

— ¡ Ya! ¿ No quieres tomarte tiempo para gustarme?

— ¿Necesitas tantas horas? Tú me has gustado en un minuto.

— Bien lo veo, pero...

— He dicho que esta noche, interrumpió Heron en tono de déspota.

La Villars tenía demasiado interés en tenerle contento para no fingir que se decidía á lo que no podía impedir. Siempre risueña, hizo una reverencia y dijo:

— Soy tu humilde y obediente servidora, ciudadano Heron.

— No tendrás que arrepentirte, respondió el individuo, ya dueño de sí mismo. Pero dejemos á un lado esa bagatela y hablemos de cosas serias. ¿Estás citada á comparecer ante las Juntas?

— Aquí tienes la citación que me ha hecho llegar hace poco el ciudadano Saint-Just.

— Soy yo quien te la ha enviado por orden suya, pero sin conocer su objeto. ¿De qué se trata?

— De hablar de mis relaciones con Dalassene.

— La verdad es que debes de saber muchas cosas de él. Si puedes ayudarnos á desembarazar á la República de ese traidor, habrás prestado un gran servicio.

— ¡Bah! yo no sé gran cosa, confesó la Villars. Cuando estábamos juntos no nos entreteníamos en hablar de los negocios públicos.

— Lo supongo, respondió Heron riendo grosera-

mente; hay algo mejor que hacer cuando se está á tu lado.

El secretario quiso abrazarla de nuevo, pero ella se le escapó, impaciente por sus atrevimientos. Sin embargo, temiendo ofenderle si se lo hacía comprender, trató de cambiar el curso de sus ideas.

— De modo, dijo, que aquí es donde se reúnen esas juntas que hacen temblar al mundo.

— Aquí. Ese es el sitio de Carnot, dijo designando una mesita en la cual, entre varios legajos, se veían extendidos mapas y planos; aquí es donde él organiza la victoria.

— Carnot, un gran ciudadano, repitió la Villars llena de respeto.

— Gran ciudadano... Eso falta saberlo, objetó Heron. Es un hombre que hay que vigilar, temible para los enemigos de fuera, pero demasiado indulgente para los de dentro y siempre dispuesto á aflojar la guillotina. Por fortuna, si no aprueba nada, lo firma todo. Aquí tienes el puesto de Saint-Just, el de Robespierre, el de Couthon, el de Billaud-Varenes.

Heron paseó de este modo á la Villars en torno de la sala, con el evidente propósito de agradarla interesándola. Al llegar á la mesa del centro, la de las deliberaciones, su fisonomía púsose más grave y respetuosa.

— Cuando están reunidos aquí, continuó, forman el más poderoso tribunal de la República. Todo tiembla ante él. He visto comparecer aquí á los

generales más famosos, Pichegru, Hoche, Kellermann, y parecían unos chiquillos. Aquí se han firmado las sentencias que han entregado al verdugo las más altivas cabezas. Desgraciado del que viene aquí si no tiene limpia la conciencia.

— El antro de la muerte, dijo temerosamente la Villars; esto da calofríos.

— Todo obedece á las Juntas, siguió diciendo Heron, la Convención, el municipio, las secciones de París, los directorios de los departamentos, los jefes de los ejércitos.

— ¿No hay, pues, poder superior al que aquí se ejerce?

— En apariencia, no. En realidad hay el club de los Jacobinos, y como yo voy á presidirle muy pronto, puedes comprender que antes de poco seré yo el gran director de la maquinaria.

Se sentó en el sillón presidencial colocado delante de la mesa de las deliberaciones, y se arrellanó en él, hinchado de vanidad y de orgullo. De repente, se incorporó, apercibió el oído y saltó fuera de aquel puesto glorioso. Un minuto más, y hubiera sido sorprendido en él por Billaud-Varennes, al que el alguacil acababa de abrir la puerta y que entraba con la actitud desdeñosa que le era habitual.

Heron se tranquilizó viendo que el convencional no le había pillado en el sillón. Sin embargo, salió á su encuentro con una obsequiosidad que no permitía adivinar en él al future director de la maqui-

naría, y la Villars pudo convencerse de que si para imponerle su voluntad había agrandado su papel, no dejaba por eso de ser muy humilde con los poderosos á quienes hacía un momento parecía desdeñar.

Sin fijarse en él, Billaud-Varennes se acercó á la Villars, la saludó y elogió su celo en acatar las órdenes de la Junta. Heron, deseoso de probar que el suyo no era menor, quiso explicar que se había esforzado por hacer tener paciencia á la ciudadana, pero el convencional le respondió tan desdeñosamente, que no se atrevió á insistir y fué á sentarse á su mesa, donde, sin perder de vista á los dos interlocutores, aunque no podía oír lo que decían, pareció absorberse en su trabajo, después de haber tenido buen cuidado de romper el papel en que había sumado sus beneficios del mes.

La Villars estaba contando á Billaud-Varennes lo que había pasado entre ella y el secretario de las juntas.

— Escucha, le dijo; hace un momento, en casa de Belliere, me has dicho que te gusto.

— Te lo he dicho y te lo repito.

— Y me has pedido que te ame.

— Te lo ruego de nuevo y espero obtenerlo.

— Así sera, con dos condiciones; oye la primera. Ese hombre ha exigido que le reciba esta noche al salir de la sesión. Aléjale, impídele que vaya, y es á ti á quien recibiré.

— ¿Lo juras?

— Lo juro.

— ¿Y la segunda de tus condiciones?

— Es menos fácil. Estoy convocada para declarar contra Dalassene. He hablado de él á tontas y á locas, como una cotorra, y he cometido la imprudencia de decir las mismas cosas delante de Robespierre y de Saint-Just, que me han ordenado venir aquí á precisar mis acusaciones. Y ahora echo de ver que no tengo mi la sombra de una prueba en apoyo de mis dichos.

— Dirás lo que sabes.

— No sé nada positivo, y espero de ti que, cuando lo afirmes, ejerzas tu influencia con tus colegas para abreviar ni interrogatorio.

— ¿Te has reconciliado con Dalassene? preguntó agriamente el convencional.

— No quiero agobiarle más, declaró la Villars.

— Haces mal. Tus reticencias no lo salvarán.

— Pero me ahorrarán el remordimiento de haber consumado su pérdida. Piensa en lo que te he dicho; toma y daca.

— Se hará como lo deseas, prometió el convencional. ¿Pero quién me garantiza que cumplirás tu promesa?

— Mi palabra, respondió la Villars altivamente; mi palabra que vale tanto como la tuya; mi palabra y mi interés. Trata de que no sea él quien vaya.

Y designó á Heron, que se levantaba en este instante para salir al encuentro de Carnot, cuya si-

lueña se dibujaba en la puerta de la sala y al que el secretario ayudó á quitarse el abrigo y el sombrero.

Billaud-Varenes saludó de lejos al recién llegado, con el que no deseaba conversar, y se fué á examinar los legajos puestos sobre la mesa, mientras que Carnot, por su parte, se sentaba detrás de la que le estaba reservada.

El delegado de la guerra no tenía aún cuarenta años. A la carrera militar, que había ejercido mucho tiempo, debía el haber conservado esos modales bruscos y duros que caracterizan á los soldados hechos al mando. Toda su persona presentaba la fisonomía de un hombre modesto que no trata de ponerse en evidencia y cuya voluntad, aunque enérgica, permanece casi siempre latente hasta el momento en que se manifiesta por actos decisivos.

La gravedad de su cara testimoniaba la constancia y la profundidad de sus pensamientos. Su trato, naturalmente frío, habíase hecho más entre la gente con quien las circunstancias le condenaban á vivir. Aunque se hubiera asociado á medidas de violencia y sea imposible separar su memoria de actos odiosos, no era incapaz de generosidad y lo había probado con frecuencia en el curso de tantos acontecimientos trágicos.

En aquellos momentos y bajo el peso de responsabilidades que él aceptaba sin debilidad, se esforzaba por reaccionar contra la influencia de Robespierre. No lo ocultaba, y aunque suscribía con fre-

cuencia decisiones que desaprobaba, era considerado por el triunvirato formado por Couthon, Robespierre y Saint-Just como un falso amigo del que había que desconfiar. Sabía que esos tres personajes eran sus enemigos, pero conservaba ante ellos su independencia y su franqueza, resuelto á no inclinarse bajo su despotismo. Así se explicaba la frialdad del saludo que le había dirigido al entrar Billaud-Varenes, todavía partidario de los triunviros en aquella época.

Al sentarse, vió Carnot á la Villars.

— ¿Quién es esa mujer? preguntó á Heron.

El secretario dijo su nombre y explicó su presencia.

— No puede estar aquí, dijo Carnot, y no debía haber entrado.

— Yo la he autorizado, le gritó Billaud-Varenes; pero va á pasar á la sala de espera.

— Ya que está aquí, respondió Carnot, puede quedarse. Lo que he dicho ha sido por el principio.

Se levantó, acercó una silla á la chimenea y dijo á la Villars:

— Calientate, ciudadana.

La Villars obedeció y Carnot se volvió á su sitio.

Al poco tiempo, Billaud-Varenes llamó desde su puesto á Heron.

— Aquí tienes una orden que no sufre retraso, dijo presentándole un pliego timbrado con las armas de la República y en el que acababa de poner su

firma. Tomarás tus mejores agentes y te irás á Libry esta misma noche, después de la sesión. Ese municipio es señalado como una guarida de realistas. En cuanto llegues, pides auxilio á la gendarmería y á la guardia nacional para hacer un registro en las casas de las personas que figuran en esta lista. Prenderás á todos los que te parezcan sospechosos y los llevarás á la cárcel del Luxemburgo.

Aunque había hablado en voz baja, Carnot le había oído.

— Te haré observar, ciudadano colega, dijo, que esas órdenes constituyen una intrusión en las atribuciones de la Junta de Seguridad general.

— Es cierto, confirmó Heron, contrariado por una misión que impediría dedicar la noche á la Villars.

— No te pregunto tu opinión, respondió duramente Billaud-Varenes al ciudadano secretario.

Y dirigiéndose á Carnot, añadió:

— Cuando la Junta de Seguridad general no hace lo que debe, la de Salvación pública tiene que reemplazarla. Así lo declararé dentro de un momento á sus miembros reunidos. Mientras tanto, mantengo la orden.

— Toma tus precauciones, Heron, dijo Carnot; asegúrate de que no prendes inocentes.

Esta recomendación chocó á Billaud-Varenes.

— Más vale prender inocentes, dijo, que dejar escapar un solo culpable.

Carnot guardó silencio y sólo su gesto indicó que

desaprobaba el lenguaje de su colega. Heron echó á la Villars una mirada de desconsuelo, se acercó á ella y le dijo al oído :

— ¡Qué contratiempo! Esta orden me cierra el cielo. Por fortuna, en Libry habrá algo que ganar y te traeré un regalo.

— ¿De qué te quejas entonces? respondió la Villars riéndose y sin que él pudiera comprender si estaba contenta ó contrariada.

Estaba todavía preguntándose, cuando llegó de la antecámara ruido de voces.

— Ahí están nuestros colegas, dijo Billaud-Varennes levantándose. Retírese la ciudadana; se la llamará cuando sea tiempo.

Ya muy impresionada por lo que acababa de ver y oír, la Villars no se lo hizo repetir y pasó á la sala de espera, cuya puerta le abría Heron.

XV

Apenas había salido la Villars de la sala de sesiones, entraron sucesivamente, primero Robespierre y Saint-Just, y después Couthon y Collot d'Herbois, miembros los cuatro de la Junta de Salvación pública.

Lo que los caracterizaba, independientemente de su juventud, era el espíritu de resolución y de astucia que se pintaba en sus facciones y que debían, por una parte, á su costumbre del peligro y, por otra, á la incesante necesidad de conjurarlo.

El mismo Couthon, enfermizo y tullido, aunque se arrastraba penosamente apoyándose en dos muletas, llevaba en los ojos la energía y la voluntad. Cuando, fatigado de haber subido la escalera, se sentó en el sillón que Heron se había apresurado á presentarle, se transfiguró; borráronse de su cara las señales de cansancio y no quedó en ella más que una expresión autoritaria y altanera.